

Maternidad sagrada, la diosa como madre

GABRIEL SÁNCHEZ BARRAGÁN
(Profesor del Colegio de Letras Clásicas)

En Occidente estamos poco acostumbrados a visualizar la imagen de lo divino fuera de los contextos tradicionales impuestos por las religiones que los últimos dos mil años han ostentado el gobierno de la fe; creemos porque se nos ha enseñado que así es y Dios es el soberano, el patriarca celoso e inquisitivo siempre dispuesto a señalar las faltas a su ley con dedo flamígero... aun la imagen del padre bueno *que no dará un escorpión en vez de un pan*, se reviste de autoridad y desdibuja en su rostro la sonrisa por la manipulación de los hombres.

Mas, oculta entre las páginas gastadas de la palabra establecida, la reticente imagen de la compasión se reviste de luz y emerge con nueva vida para alentar los valores que conformaron la humanidad antes de verse trastocados por la confusión de la guerra y la soberbia de la tiranía; el divino femenino, la diosa, se revela.

Dios-madre, la diosa, fue una realidad abierta en otros tiempos y un símbolo oculto en las últimas centurias, pero siempre una necesidad, porque el amor de una madre divina representa la certeza de un hoy saludable y de un futuro esperanzador; la autoridad materna está circunscrita a la piedad y por ello, hasta la muerte pierde su sentido de final irrevocable, porque una madre no puede dejar de serlo nunca.

Volver el rostro al pasado es encontrarla a Ella. La impresión causada por las figurillas prehistóricas fe-

meninas de innegable carácter sacro fue una estocada mortal para el ego masculino que se pregonaba en el siglo XIX como el epitome de la creación de un dios artesano que no había parido a los que llamaba hijos. Ocultaron sus hallazgos en sus propios prejuicios y las denominaron Venus, evocando los deseos como idealización femenina en el rango de lo divino.

Pero el tiempo y la observación llevó a otros y otras a reconocer en aquellas figuras esteatopigias, la expresión de lo numinoso encarnado en una mujer en el acto supremo de la creación, en el misterio de la matriz que genera vida; señalaron las relaciones que se adivinan en el arte paleolítico con la tierra que renueva su manto de verdor y nutre con él a las criaturas todas, a la luna que con su devenir constante simboliza en el cielo los cambios estacionales de la tierra; el pálido reflejo del astro en las aguas en torno a las cuales se congrega la existencia de todo animal y en medio de las cuales nace; la humedad y la tierra se unieron para recibir al muerto y la madre divina debió gestarlo ahora a una nueva vida. Así, la madre tallada de la cueva de Laussel, tan antigua como el 20 000 a. C., evoca aquel misterio en su cuerpo gestante, en su cuerno lunar y en el arco de sus brazos que relaciona ambos.

Miles de años después, dicha herencia se reconoce en las imágenes neolíticas, donde la humanidad ha

descubierto la abstracción como un medio de expresar sus sentimientos y la impresión de sus sentidos ante lo ignoto. La madre neolítica encarna la vida en la floración de la tierra y en el cauce de los ríos que la nutren, cordones umbilicales que serpentean en sus entrañas, mismas que ocultan los enigmas de lo que fue y lo que será, del instante de la muerte y el germen de la resurrección, todo en un ciclo constante donde sólo hay transformación.

Pero mientras los sedentarios adoran a su madre nutricia, el nómada que no la adora y cuya única constante es el cielo monótono que parece reírse desde lo alto de aquella criatura que se arrastra para buscar comida y que se endurece, se viriliza, para sobrevivir; imagina aquel errante que un dios lo mira desdeñoso desde el empíreo y en el atronar de los rayos reconoce la voz de un dictador que, por el miedo, lo ha ganado como siervo.

La envidia del nómada por la vida regalada del sedentario, lanzó a uno contra el otro y aquél, más acostumbrado a la guerra y con el anhelo de poseer lo que le fue negado, resultó ganador. La batalla se libró también entre el cielo y la tierra, pero no hubo una victoria, a pesar de las apariencias; el dios parlamentó, la diosa cedió... ambos pervivieron, aún en las tierras de los más acervos misóginos.

La madre, en esa edad del bronce cortante, revistió las armas. Se tensó el arco de Inanna, las saetas de Istar traían la muerte, la furia de Anat era

el grito de guerra en el Egipto de Sekmet y la égida de Atena escuchó la Hélade; pero la madre guerrera era protectora de la tierra de sus hijos y la conquista sangrienta era obra del enloquecido Marduk, del soberbio Baal o del odiado Ares. No olvidó ella seguir proveyendo a sus criaturas y si la muerte tomó el ropaje de la guerra, en la Tierra se vistió de verde y llamó al dios su consorte para que juntos fueran padres de la humanidad: la creación se hizo matrimonio sagrado, *hierogamia*; Isis copuló con Osiris para alumbrar la vida vegetal en el Nilo, Deméter atrajo a Zeus y Grecia conoció la prosperidad; la madre seguía amamantando. Tumba y matriz, la madre fue promesa de la misma continuidad que el dios, con su ser varón, no podía simbolizar y, a pesar de los ridículos intentos de éste, tuvo que conformarse con representar el papel de la decadencia, de lo finito, lo que muere, y dejarle a ella la eternidad. El misterio continuaba.

Ésta no es una historia pasada, el dios no triunfó del todo, la diosa como madre lo acompañó en el devenir del tiempo, y en cada culto a Él, Ella reaparece, porque el humano no puede apartar de su corazón la necesidad de una madre eterna.

Vuelve tu rostro al mundo de hoy y repasa los templos a Ella consagrados y las multitudinarias fiestas en su honor, analiza sus epifanías y la fe desbordante que inspiran... la madre ofrece algo que Él parece no pregonar: *Cuix amo nican nica nimonantzín?... ¿No estoy aquí yo, que soy tu madre?* ♦